

COMENTARIO a “Política y movilizaciones militares en Corrientes. Un episodio de insubordinación miliciana, 1764-1766” de Pablo Birolo.

GABRIELA TÍO VALLEJO

Universidad Nacional de Tucumán

El artículo de Birolo analiza cuidadosamente una sublevación en la Corrientes de mediados del siglo XVIII, sus antecedentes, los actores sociales en juego, las tensiones que atraviesan ese espacio político.

En una primera mirada aparecen las luchas facciosas entre una elite de vieja raigambre, en la que familias de encomenderos han encontrado en Casajús un líder, y la nueva inmigración peninsular de mediados de XVIII. La primera encarna la lucha con las misiones guaraníes por la mano de obra y la frontera de expansión ganadera, la otra, vive del comercio de artículos europeos y simpatiza con los jesuitas o al menos no tiene conflicto con ellos.

Sin embargo, esta tensión facciosa, que podría ser ingrediente cotidiano de cualquier ciudad colonial, se inscribe en el marco de la amenaza portuguesa, de las tensiones con los jesuitas y de los cambios de la política imperial que pretenden encauzar a regiones tradicionalmente autónomas hacia los objetivos de la corona.

La tensión poder local-poder central aparece en los conflictos entre la ciudad y los funcionarios de la Gobernación atravesando las facciones y dándole unidad al espacio socio territorial. Las continuas demandas de gente armada en un espacio conflictivo y fronterizo, de frontera étnica y “dinástica”, explican una tradición de desobediencia y motines. La resistencia a participar de las fuerzas militares fuera del territorio, algo común a diversas sociedades rioplatenses, muestra el contenido territorial de la vecindad y sus cargas.

Las represalias del poder imperial, a través del gobierno político militar de Buenos Aires o el jurídico político de la Audiencia, y la amenaza de desborde de la movilización popular, marcan los límites de la lucha facciosa y la solidaridad corporativa de las élites.

Birolo se inmiscuye en la dinámica de la sublevación a través de los testimonios contenidos en los expedientes judiciales producidos por los acontecimientos. La hipótesis del autor es que “uno de esos grupos movilizó políticamente a la tropa de las milicias, disgustada por su participación en campañas militares prolongadas en pésimas condiciones, para imponerse a otro que había recurrido a la autoridad del gobernador para recuperar el poder”. Puede verse que la facción anti jesuita conducida por Casajús tiene un componente urbano y apoyo rural y de las milicias.

Si en un primer momento la sublevación mueve a las milicias tras los intereses de una facción de la elite, en el punto en que aquéllas se sienten traicionadas, toman el liderazgo del movimiento transformándose éste en popular.

Aunque el relato cuidadosamente reconstruido de la sublevación autoriza la conclusión de un segundo momento de dirección popular, sobre todo a partir de la extracción social de su líder, Gaspar de Ayala, hay que ser muy cuidadosos respecto de los argumentos esgrimidos en las fuentes judiciales. La percepción de la elite de que se trataba de un movimiento de plebe puede ser una estrategia de negar responsabilidades y evitar represalias; el mismo autor lo intuye. La composición del grupo a partir de las ocupaciones rebela más bien una composición mixta, hay que analizar cuidadosamente la presencia de sectores fronterizos de la elite en el movimiento, los artesanos, por ejemplo, y los labradores, una categoría esquiva en los padrones coloniales que puede prestarse a equívocos...

Sin embargo, es posible que, basándose en la minuciosa reconstrucción de los hechos que hace el autor, pueda sostenerse el carácter popular de la sublevación lo que permite a Birolo decir que “la movilización con fines políticos de los sectores subalternos involucrados en una organización miliciana, ya sea a través de la conducción de algunas de las facciones de la elite en búsqueda de mejorar su posición relativa en la disputa de poder o bajo el impulso autónomo por parte de esos mismos sectores para alcanzar sus propios objetivos, no era en 1806 un fenómeno absolutamente desconocido en la región”. Esto en referencia a la historiografía que sostiene que la movilización política de las milicias

proviene de las invasiones inglesas. ¿Una historia menos porteña de la movilización política de las milicias?

Quizá esta persistencia de los requerimientos militares en la zona explique una mayor militarización que en otras regiones a pesar de las resistencias a movilizarse por motivos extraños a los intereses de la “patria”.

Acerca del contenido popular del movimiento, sin embargo, creo que hay que ser muy prudentes. Quizá la participación popular más rotunda sea la indiferencia de las milicias y la resistencia a participar contra la sublevación. Birolo pone el acento en el cambio de la dirección del movimiento en 1765, la elite del cabildo se ve desbordada por la sublevación. El cambio de dirección del movimiento ante la amenaza de intervención de las autoridades superiores al territorio muestra un esquema diferente al de la oposición jesuitas-anti jesuitas en otras regiones. Resulta revelador comparar este caso con el análisis que hace Lorandi (2008) respecto del conflicto entre Campero y los cabildos de la gobernación del Tucumán en el contexto de la expulsión de los jesuitas. Allí la oposición entre un Gobernador y un Obispo ilustrados aliados al poder de Bucareli se enfrenta a las elites locales que defienden sus privilegios tradicionales. Si en el caso correntino las luchas facciosas parecen menos marcadas por los bandos ilustrados y tradicionalistas, en un momento previo a la toma de posición definitiva de la monarquía frente a los jesuitas, finalmente la tensión poder local-poder central predomina también y la unidad de la élite, tanto frente a los sectores populares como frente a la intervención de las autoridades superiores al territorio, aparece con fuerza.

En todo caso, el episodio escogido por Birolo y analizado con rigurosidad y lucidez, señala un camino de investigación interesante: el de los conflictos entre las elites, las posibles coaliciones sociales, la relación entre militarización y politización –relación cuya dinámica de causa y efecto habrá que dilucidar como sugiere Fradkin (2008)- en la etapa previa a la crisis del imperio, en espacios que suponemos inertes frente a la supuesta efervescencia porteña de los años 1806 y 1807.

Quizás el necesario acento puesto en últimos años por la historiografía en la importancia de la crisis coyuntural de la monarquía para el desencadenamiento de los procesos de independencia, ha dejado en la sombra las tensiones provocadas décadas atrás por los cambios en la política imperial, las que si no explican los derroteros independentistas sí

modifican el vínculo entre elites americanas y metrópoli. Conflictos como éste, por otra parte, no sólo ayudan a entender la etapa previa a los procesos revolucionarios y los nexos entre fenómenos que entendíamos como consecuencias de la crisis del imperio tales como la militarización ligada a la politización de sectores subalternos, sino que van más allá para develar sociedades conflictivas y complejas con variantes regionales específicas que impiden la simplificación respecto de una militarización impuesta, ritual y sin mayores consecuencias en las sociedades coloniales.